LA SOMBRA DE TOCQUEVILLE

Nora Rabotnikof
Instituto de Investigaciones Filosóficas

ALAIN MINC, *La borrachera democrática: el nuevo poder de la opinión pública*, Madrid, Ensayo, 1995, Col. Temas de Hoy

Más allá del redescubrimiento del Tocqueville crítico de la Revolución Francesa con el que Furet provocara al ambiente intelectual francés en ocasión del Segundo Centenario, reivindicar la inspiración en el autor de *La democracia en América* siempre fue un rasgo recurrente en los teóricos franceses de la política, el Estado y la sociedad. Y este nuevo libro de Alain Minc, el mismo que en aquel informe con Pierre Nora nos alertaba hace casi veinte años sobre las transformaciones irreversibles que provocaría la informatización de la sociedad, no escapa a ese embrujo. Autor de varios *best-sellers* (*El síndrome finlandés*, *La nueva Edad Media*, *La máquina igualitaria*), la escritura fácil, cierta retórica apocalíptica, la capacidad de «digerir» y esquematizar algunos de los más sesudos debates académicos y volverlos accesibles para el gran público (desde la traición de los intelectuales de Benda hasta la concepción rawlsiana de la justicia, desde la habermasiana esfera pública hasta la nueva «cuestión social»), el libro de Minc no puede juzgarse por el rigor académico, la innovación conceptual o la profundidad del análisis. Es, en cambio, expresión de un *Zeitgeist*, innegablemente francés, pero al mismo tiempo representativo de un estado de ánimo y de fenómenos que van más allá de la excepcionalidad gala.

Y éste es el primer rasgo «de estilo» en el que se agazapa la sombra de Tocqueville: el permanente juego entre el caso excepcional y las tendencias que marcan un cambio de época, la alternancia entre la especificidad francesa y la democracia «demoscópica» como fenómeno global. La vieja aspiración de hacer de la geografía una historia comparada. Así, si los bonapartistas acusaban al Marqués de ser uno de esos maniáticos espirituales que al escribir la historia de Francia parecían lamentar no poder escribir la historia de Inglaterra, alguien podría dirigir a Minc idéntico reproche respecto de la historia de Alemania. Pero más allá del estilo hay un intento de acercar el enfoque. Tocqueville partía de una constatación: la democracia era una tendencia irreversible, ineluctable. Es decir, del reconocimiento de la muerte de la sociedad aristocrática y de la elaboración del duelo. De allí la inevitabilidad de las nostalgias aristocráticas, del reconocimiento de lo perdido para siempre, pero de allí también la esterilidad de los esfuerzos abiertamente conservadores por parar lo imparable. Minc parece partir del reconocimiento de un final igualmente irreversible y de una tendencia igual de irrefrenable: la muerte de la Trinidad conformada por la democracia representativa, el Estado providencia y la hegemonía de las capas medias y la transición hacia la democracia de la opinión pública. El certificado de autopsia a la democracia representativa puede ser mucho más discutible que la muerte de la sociedad aristocrática diagnosticada por Tocqueville pero otro paralelo surge de la re-

acción ante la irreversibilidad. Si la vuelta atrás es un camino sin esperanzas, si las nostalgias por el mundo perdido son políticamente improductivas, si no se trata de un fenómeno más o menos coyuntural sino de un cambio de época, si nos encontramos una vez más con una «tendencia de la historia», entonces el único camino parece ser reconocerla, pensarla, domesticarla, es decir «construirla» para que no se construya sola.

Finalmente, un último paralelo, que más allá de Tocqueville invoca y pone en el banquillo a toda la tradición francesa de pensamiento político: las claves para pensar la política se encuentran en la sociedad, la política es expresión, con grados de autonomía «relativa», de las fuerzas y movimientos que pululan en el campo de lo social. Frente a una tradición que siempre pensó a la política a partir del individuo, de sus preferencias más o menos racionales y de su expresión en el mercado y su juego, la tradición histórica y sociológica opuso «la historia, la tradición, los comportamientos colectivos, la memoria o, incluso, los fantasmas...» (p. 128). Pues bien, hasta la Francia de la densidad histórica y la memoria colectiva, de los heroicos actores sociales y de la soberanía nacional parece acercarse perversamente a la política de las preferencias expresadas en sondeos y encuestas, al eclipse de «lo social», a la asimilación entre política y mercado. Y con ello, la herencia francesa de «las Luces» parece haber agotado su capital político. Curiosa afirmación. Si la consigna de las Luces encerraba precisamente la promesa de la transparencia, de la visibilidad, de la publicidad, ¿por qué una democracia de la opinión pública traiciona esta promesa ofreciendo en cambio creciente opacidad, nuevo secreto? ¿Estamos otra vez ante las mismas viejas denuncias sobre la omnipotencia mediática, la manipulación de las conciencias, frente al desprecio elitista por la expresión cuantitativa de preferencias y opiniones? Sí y no: pensar la política en las nuevas coordenadas parece condenarnos a alternar viejos diagnósticos con desafíos a la imaginación. Por el lado de la continuidad, el modelo ilustrado de espacio público como lugar donde las elites políticas y culturales educaban al soberano, donde un público (es cierto que no neutralizado en sus diferencias de clase ni de adscripción) formaba su opinión y construía su identidad colectiva y donde se dramatizaban los grandes conflictos sociales, sigue siendo el ideal con el que contrastar la realidad. En última instancia, un espacio público donde la razón podía triunfar en política. Frente a esta imagen modélica, la opinión pública contemporánea, expresada en los sondeos, es sólo expresión de lo contingente y efímero, de la volubilidad de un público atomizado, de los devaneos de un individualismo sin amarres comunitarios. Sin embargo, no todo es caída y pérdida. En lugar de una «refundación comunitaria» la apuesta pasa por una reforma política. En lugar de la apelación a una «sociedad civil» que cuanto más se aparece más se esconde y menos se conoce, el mensaje va dirigido a las elites políticas y culturales. Y, coherente con la tradición de la República Consular, la obra termina con una carta abierta al nuevo Presidente de Francia.

Hace algunos años, uno de nuestros teóricos de la democracia sin adjetivos, después de analizar brillantemente los lastres autoritarios de la tradición presidencialista mexicana, culminaba su argumento con una exhortación a una suerte de autolimitación heroica del Presidente. Podemos entender a Minc: cuando las instituciones representativas no funcionan, los actores sociales son débiles y la ciudadanía parece desdibujada, una carta abierta al Presidente, casi una exhortación bienintencionada, es una tentación comprensible.

Transparencia y opacidad de lo social

La democracia de la opinión pública debería ser la realización de las Luces y no su negación. A primera vista, sólo a través de una vuelta de tuerca perversamente conservadora la salida a la luz de los casos de corrupción, la «publicidad» de los vericuetos del poder o la aparente puesta a punto de la voz de la sociedad civil pueden ser interpretadas como riesgos para la democracia y no como pruebas conclusivas de su realización. Sin embargo, en el diagnóstico de Minc, la nueva trinidad compuesta por la opinión pública, los media y la actuación de los jueces no parece tener relación con la democracia más que de manera superficial. En primer lugar porque se ha roto la tradicional identificación entre sociedad civil y opinión pública. La amenazadora unión entre «poder social» y opinión pública, advertida en su momento por Tocqueville, se diluye ante el debilitamiento de los actores colectivos: partidos, sindicatos, iglesias y asociaciones. En segundo lugar, tras la aparente «visibilidad» se oculta una mayor opacidad. En realidad, Minc retoma un viejo tema: la realización del deseo de transparencia culmina en lo siniestro o, dicho de manera menos apocalíptica, la ecuación «a mayor transparencia mayor democracia» sólo se cumple allí donde las reglas del juego, las instituciones democráticas y sus estabilizadores tienen una fortaleza suficiente como para traducir esa transparencia en control público. Allí donde dichas reglas e instituciones aparecen erosionadas o son sólo una promesa, el vértigo «informativo» y el escándalo desembocan irremediablemente en el descrédito de la política misma. Minc reconoce que parte de este vértigo se debe a la juventud de ciertas prácticas: en Francia, ni la justicia ni los medios de comunicación eran libres y autónomos hace treinta años. Ambos protagonismos son conquistas de la democratización. Sin embargo las acusaciones no verificadas, la demanda de «justicia» que remplaza la investigación judicial puntual y equivale a una condena pública, la enorme «demanda moral» que parece remplazar las opciones políticas, forman el caldo de cultivo de viejas utopías anarquistas cuando no nuevas expresiones del «odio católico, a lo Péguy, al poder y al dinero». En tercer lugar, esa democracia demoscópica resulta ser un signo más de la fragmentación social y de los grandes territorios de exclusión y no de una conquistada transparencia democrática. Otro viejo tema comparece: cuanto más «abierta» y cristalina se pretende la sociedad, más secreta se vuelve su práctica. «Cada actor social se metamorfosea en busca de opacidad e influencia» (p. 104) y en realidad más que un poder que encarne el ejercicio de lo común, en forma visible y abierta, los actores sociales se retrotraen y se convierten en nuevas sociedades secretas, en una nueva masonería. Un submundo que remite a los guetos suburbanos, a los diversos territorios privatizados, a las redes clandestinas. La dignidad de los actores sociales de viejo cuño se ve desplazada por el poder de un neoclanismo o neotribalismo, efecto natural de una revolución económica que ha convertido al mercado en el único regulador y que no encuentra traducción en el sistema político.

El imperativo reformista

El tema del «nuevo contrato social» reaparece en una más de sus infinitas versiones. Sólo que, a la francesa y sobre el horizonte de la «redefinición de lo social», en los términos de una reflexión «posrawlsiana». Rosanvallon lo llamaba «pensar el Estado Providencia después del desgarramiento del velo de la ignorancia»

(*La nueva cuestión social*, pp. 50 y ss.) y abordaba el desafío teórico de pensar un nuevo marco de solidaridad para un diseño distinto del Estado. Minc lee a Rawls más pragmáticamente, como la insuficiente y algo desangelada salida frente al agotamiento no sólo de los grandes relatos sino de las realidades institucionales que dieron cuerpo al pacto social durante muchas décadas. En esta lectura, Rawls se ubica así entre la aceptación del mercado y la exigencia moral de un nuevo contrato social y sistematiza, cuanto más, algunas lecciones empíricas: *a*) la noción más compleja de equidad remplaza a la igualdad; *b*) efectivamente hay un consenso lograble o logrado, que subyace a las sociedades avanzadas. No se trata de una concepción global del bien o de un acuerdo en torno a procedimientos. Remite en cambio a una serie de ideas generales, decantadas tanto de la crisis de las utopías globales como del reconocimiento fáctico de problemas sociales de primer orden: consenso generalizado sobre el funcionamiento del mercado, sobre la distribución, sobre los límites del Estado providencia, sobre la exigencia de reinserción de los excluidos, sobre los medios teóricos de luchar contra el paro, etc.; *c*) el solo juego del mercado no puede definir el interés general, por ello hacen falta instituciones y procedimientos; *d*) traducido a la francesa, «nada conduce de forma espontánea a la sociedad hacia su camino ideal», ni la dinámica de los actores sociales ni el juego político. Interés general y dinámica democrática no coinciden espontáneamente. Si el antiguo sistema que combinaba democracia política y democracia social, representatividad política y compromiso social podía generar una alquimia más sana que hiciera prevalecer un equilibrio razonable cercano a alguna versión del interés general, la cuestión no está tan clara en el caso de la democracia de la opinión pública. La propuesta: la soberanía compartida, que paradójicamente se parece mucho a la restauración-reinvención de un sistema de poderes y contrapoderes que tanto Tocqueville como Montesquieu identificaban con la sociedad aristocrática.

La soberanía compartida parece significar una nueva forma de *check and balances* que apunta tanto a la profundización de la independencia de los poderes (incluido el llamado cuarto poder) como al fortalecimiento de las llamadas organizaciones intermedias. En el primer caso, la autonomía del Poder judicial, de los órganos responsables de la difusión mediática, de los organismos electorales y de manera pionera, la independencia del Banco Central, son casos en los que órganos de la acción pública se sustraen efectivamente a la omnipotencia gubernamental. Pero también los mercados financieros, la política exterior, la política de defensa pueden operar como límites de hierro frente a la tentación neopopulista que, en este diagnóstico, parece ser el producto espontáneo de la democracia de la opinión pública.

En el segundo, se trata de la soberanía compartida en el ámbito de la sociedad civil. La invención de nuevas personas morales debería compensar aquí el vacío dejado por el debilitamiento de los viejos actores colectivos. Las nuevas formas de solidarismo, el tercer sector, las versiones modernas de la fraternidad, las fundaciones de todo tipo, hacen referencia no sólo a la tradicional invocación a la descarga del Estado sino básicamente a una redefinición del ámbito de lo público y de lo privado. Y una vez más, en la versión de Minc, a la realización del viejo sueño tocquevilliano de una democracia de las asociaciones, que repare en términos modernos el complejo tejido social desgarrado por el avance del igualitarismo.

Educar la democracia de la opinión pú-

blica no significa acelerar la descomposición de los actores colectivos, ni poner aún más en duda su representatividad. Pero, tampoco pensar que el antiguo compromiso social es restaurable. Como dijimos, para Minc el desafío debe ser retomado por el poder político y por las elites, en un esfuerzo por conjugar el pulso de lo social y la autonomía de la decisión política, receptividad y capacidad pedagógica, opinión pública y liderazgo. Por ello la vieja apuesta al fortalecimiento de lo social. Pero también por ello, la carta abierta al Presidente de la República.

LA VIRGINIDAD DE FOUCAULT

Sergio Pérez
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

SIMON GOLDHILL, *Foucault's Virginity. Ancient Erotic Fiction and the History of Sexuality*, Cambridge University Press, 1995, 194 pp.

La filosofía de Michel Foucault ha tenido consecuencias diversas. Más llamativa, la sección «genealógica» ha recibido un alud de comentarios y suscitado investigaciones numerosas y de importancia. Más polémica y más ardua de practicar, la sección «arqueológica» apenas ha provocado un número limitado de trabajos. La sección que se ha dado en llamar «ética» de la obra de Foucault ha encontrado su propia fortuna: autores como Peter Brown, Georges Vigarello y otros, vieron su espléndido trabajo más orientado a temas como el cuerpo o la sexualidad, en torno a cuestiones como la «preocupación de sí mismo» o «el uso de los placeres», que nuestro autor presentaba en sus dos libros póstumos. Otros investigadores, como en el caso de S. Goldhill, han creído necesario ofrecer lo que podríamos llamar «suplementos críticos».

La originalidad de *Foucault's Virginity* comienza al colocarse en un dominio que los estudios clásicos estiman más bien marginal: la novela griega y algunos diálogos menores. Antes que reexaminar los tratados en prosa, la filosofía y las homilías cristianas, su propósito es explorar lo que resulta de estas narrativas irónicas y oblicuas, en relación con la historia cultural del deseo. Las obras claves aquí, tienen títulos poco frecuentados por los investigadores: *Dafnis y Cloe* de Longo, el diálogo *Amatorio* de Plutarco, y *Leucipa y Clitofonte* de Aquiles Tacio. Historia paralela si se quiere, porque esta narrativa griega se despliega en el mismo momento que la segunda sofística, y que se consolidan en el cristianismo y sus valores, en torno al cuerpo y la sexualidad. Goldhill se propone entonces no sólo revalorizar la novela griega antigua sino también examinar cómo se articula, a través de esta narrativa y sus dispositivos retóricos, el tema del sujeto deseante masculino (básicamente masculino, porque el deseo femenino sólo raramente es representado, y en sus esporádicas apariciones, termina siempre en catástrofe).

El propósito explícito es revisar de ma-